

creyentes, para reducir á los extraviados, y para llevar el consuelo á los afligidos. Es el libro donde aprendia el modo de confundir á la filosofía pagana, de abatir el orgullo de los judíos, de instruir á los ignorantes, y de humillar á los pretendidos sábios. Con esta ciencia, en fin, santificó á los fieles, reformó los abusos, y convirtió á las naciones. Ella es la que ansiaba San Agustín, que sabiendo tanto no creía saber nada mientras no la poseyese, y exclamaba sin cesar: «Conózcate, Señor, á ti, y conózcame á mí (1). Ella es la que se llama ciencia de los Santos, la que da piedad al niño, candor á la doncella, paciencia al que sufre, esperanza al pecador, valor invencible al que lucha con sus pasiones, y la que hace del esclavo de los vicios un héroe en las virtudes, un gigante en la perfección.

Estudiémosla pues, hermanos míos, como la única necesaria para la felicidad verdadera. ¿Dónde la encontraremos? En la revelación, en las Sagradas Escrituras, que, según frase de San Agustín, no tienen otro objeto que dar á conocer á Jesucristo (2); en la doctrina de la Iglesia católica, depositaria de aquellas, y cuya autoridad divina las conserva incólumes, las explica, y enseña la fe que debemos darles, diciendo el mismo San Agustín: No creería yo en el Evangelio, si no me moviese á ello la autoridad de la Iglesia católica (3).

Jesucristo es el fin de la ley (4), y el principio del Evangelio, y á él miran uno y otro Testamento: el an-

(1) Noverim te, noverim me. (S. August., *De vita beata.*)

(2) Porro omnis pagina (Scripturarum) nihil aliud sonat quam Christum. (S. Aug., *Serm. 46 De Pastor. in Ezech.*, c. 34.)

(3) Ego Evangelium non crederem, nisi me Catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas. (S. August., *Contr. Epist. fundam.*, c. 4.)

(4) Rom. X, 4.

tigo para figurarle, el nuevo para explicarle, como los Querubines que sobre el arca, enfrente uno de otro, miraban al propiciatorio (1), figura de Jesucristo, que es la propiciación por nuestros pecados (2). Alumbrados, pues, por la luz divina de la revelación, única que puede dárnosla á conocer, entremos en el estudio de esa ciencia, cuyo primer capítulo nos lleva á la eternidad. Jesucristo en el seno del Padre: es su Hijo, su Verbo, Dios como él, Creador de todas las cosas y principio de toda felicidad.

#### PRIMERA PARTE.

Cuando los judíos vieron á Jesús entrando en Jerusalén entre cánticos y aclamaciones de gloria, preguntaban unos: ¿Quién es este? Es Jesús, el Profeta de Nazaret, respondían otros (3). ¿Y quién es Jesús? A esta pregunta, que no supieron contestar cumplidamente los judíos ni los gentiles, que deseando conocerle, pidieron al Apóstol Felipe que se lo mostrase (4), es á la que vamos á responder nosotros.

Para ello, Señores, para conocer á Jesucristo en toda la extensión de su grandeza y de su misión, no basta fijar los ojos con ternura en el niño que nace en Belén, ni en el joven que trabaja en Nazaret, ni en el hombre que recorre la Judea y muere en el Calvario. Es preciso

(1) Exod. XXXVII, 7.

(2) Rom. III, 25.—I Joann. II, 2.

(3) Matth. XXI, 11.

(4) Joann. XII, 21.

escuchar sus palabras, y las de los testigos de sus obras, contemplar los prodigios que acompañan á su vida y á su muerte, observar la irresistible influencia que ejerce su persona y su doctrina, y compararlo todo con los anuncios y promesas de los Profetas, con las respuestas de los oráculos, con las tradiciones de los pueblos y las esperanzas de la humanidad. Cuando esto se ha hecho con corazón sencillo y con espíritu recto, es imposible no exclamar: Jesucristo es Dios, es Dios hecho hombre, es Dios y hombre á la vez. Hé aquí el carácter esencial de Jesucristo: hé aquí la verdad fundamental del Catolicismo.

¡Cuánto se ha trabajado para oscurecerla! ¡Cuánto se ha hecho para borrarla del símbolo de la Iglesia y de la conciencia de los pueblos! Todas las herejías, todos los sistemas, todos los errores religiosos han venido directa ó indirectamente á realizar este empeño satánico, porque no hay uno solo que no se traduzca por esta palabra: oposicion, guerra á Jesucristo. Pero en vano: mientras esos sistemas y esas herejías, ya hayan negado la divinidad, ya la humanidad, ya la realidad de Jesucristo, ya su gracia, sus méritos, sus Sacramentos, su Iglesia, han pasado sobre la tierra precipitándose unas sobre otras en el abismo del descrédito y de la muerte, la verdad capital subsiste íntegra y salvadora, y del uno al otro polo, en inmensa ondulacion, lleva y devuelve el eco las palabras del Arcángel en el día de la Encarnacion, y las del Centurion en el día de la Crucifixion, y las del Apóstol de las naciones en su carta á los Hebreos: Se llamará Hijo del Altísimo (1); verdaderamente es Hijo de Dios (2); será grande, y su reino no tendrá

(1) Luc. I. 32.

(2) Matth. XXVII. 54.

fin (1); porque Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y será en todos los siglos: á él la gloria en los siglos de los siglos (2).

Ni un solo pueblo, Señores, dice Ciceron, ha dejado de tener idea de la divinidad, siquiera adulterada y envuelta en mil errores; ni un solo pueblo que no haya esperado la venida de un Dios á la tierra para levantar de su postracion al género humano, remediar sus males; y esa hambre de Dios, ese deseo universal é insaciable de acercarse á Dios, de elevarse hasta él, de unirse á él para vivir de su propia vida. El Chino y el Egipcio, el Persa y el Griego, el Romano y el de allende los mares, todos en su teogonía, en sus oráculos, en sus símbolos, han manifestado esperar un Dios unido al hombre, un Dios salvador y restaurador del hombre. Prueba evidente de que todas esas voces son eco de una misma palabra de verdad y de esperanza, pronunciada en los primeros días del mundo, cuando el género humano estaba compendiado en una sola familia, y que todas sus ramas llevaron consigo como su mejor tesoro al diseminarse sobre la faz de la tierra.

Esa palabra de verdad, esa promesa de esperanza, la consagra íntegra y pura en su historia el pueblo á cuya raza se prometió la gloria de contar entre sus hijos al esperado del universo. El día del pecado se anunció ya la venida de un Dios hombre para romper la cadena de la esclavitud, aplastando la cabeza del dragon (3). Solo siendo Dios puede hacerlo un hombre. Al Padre de los creyentes le promete un descendiente en quien y por quien

(1) Luc. I. 32, 33.

(2) Hebr. XIII, 8.

(3) Gen. III, 15.

alcanzarán bendición todas las gentes y generaciones (1). Solo un Dios puede ser principio de bendición para todos los pueblos en todos los siglos. Jacob anuncia á sus hijos un enviado, que será la expectacion de las naciones, y fija la época de su nacimiento (2). Solo un Dios puede ser la expectacion constante y simultánea de todas las gentes. Moisés, el hombre de los prodigios, el amigo de Dios, promete al gran Profeta, al Doctor y Maestro de la humanidad (3), y tras él todos los hombres inspirados del pueblo escogido repiten el mismo anuncio: No temas, Sion, el mismo Dios vendrá, y te dará libertad (4). Escucha, casa de David: Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuel, Dios que habita con nosotros (5), Dios dado á nosotros, Dios hecho niño, que nace para nosotros; sobre sus hombros el principado, y se llamará admirable, Dios, fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de la paz (6). Su salida desde la eternidad (7). Así habla Isaías, y describe su historia cual si hubiese consumado ya su misión. Formando coro con él los demás Profetas, repiten el anuncio, y señalan el tiempo y el lugar de su nacimiento, el carácter de su persona, los prodigios de su vida, el género de su muerte, la gloria de su sepulcro, su triunfo sobre el infierno, y el triunfo, en fin, de la humanidad ennoblecida por él mas allá de lo esperado.

Pasan los siglos, llegan los días, y todo se cumple, todo se realiza en la persona de Jesucristo. Él es, pues,

- 
- (1) Gen. XXII, 18.  
 (2) Id. XLIX, 10.  
 (3) Deuter. XVIII, 15, 18.  
 (4) Isai. XXXV, 4.  
 (5) Id. VII, 14.  
 (6) Id. IX, 5.  
 (7) Mich. V, 2.

el Mesías, el esperado de las naciones, es Dios. Él mismo lo dice, y lo confirma con milagros, y ofrece á sus enemigos la prueba de su resurrección (1), que no puede ser negada, y á sus discípulos la de su gloria, que les descubre en el monte, y la voz del Padre que dice: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle (2): y á unos y otros el espectáculo de su muerte, que agita y conmueve al universo, y su resurrección, y su doctrina, y el cambio que obra en el género humano, y su victoria sobre cuanto se le opone. Por ello el Centurion exclama: Verdaderamente el Crucificado es Hijo de Dios (3). Esa palabra que recoge en sus alas el huracan que hace bambolear las cruces del Gólgota, es llevada del uno al otro confín de la tierra; esa palabra que predicán despues los Apóstoles do quiera se esperaba á un Dios hecho amigo y salvador del hombre, atrae al mundo entero y le postra á los piés de Jesucristo, confesándole verdadero Dios. En Jesucristo se reasumen todas las esperanzas de la humanidad; él realiza todo lo esperado, y no es otro más que él, porque despues de él nada se espera. Su nacimiento acalla la voz de la ansiedad antigua.

La atracción poderosa de Jesucristo sobre el mundo, anunciada por los Profetas y por él mismo como prueba de su divinidad, ese silencio de la esperanza, ¿no dice que á ella ha sucedido la posesion de lo esperado? ¿No es un testimonio indestructible de que Jesucristo es Dios? Solo admitiendo esta verdad es como se explica ese gran fenómeno de la historia del mundo. Jesucristo es el misterio de amor adorado por los ángeles, predicado á las na-

- 
- (1) Matth. XII, 39.  
 (2) Id. XVII, 5.  
 (3) Id. XXVII, 43.

ciones, creído en el mundo, y recibido en gloria (1). El mundo lo creyó, y al comparar la sencilla historia del Evangelio con la majestuosa série de las profecías, y una y otra con las tradiciones y esperanzas de los pueblos todos, ha exclamado con la convicción profunda de la fe y con la generosidad del amor y del sacrificio: Jesucristo es nuestro Dios; venid, adorémosle, aprendamos su doctrina, y vivamos de su misma vida.

Ni los judíos, testigos de vista, al par que enemigos de Jesucristo en su mayor parte, encontraron nada sólido que oponer á la veracidad del Evangelio; ni la orgullosa filosofía pagana inventó mas que argucias, que condensó Celso y pulverizó Orígenes; ni el espíritu de la herejía ha podido resistir á la brillante luz de la verdad y al poderoso sentimiento de los pueblos. Todas han caído, y se han destrozado al choque de esa piedra cuyo inmenso peso las desmenuza (2). La filosofía moderna ha querido tambien medir sus fuerzas contra el coloso de la fe y contra la columna de la verdad. Ha querido robar á Jesucristo su divinidad, y presentarle á la conciencia del género humano como un puro hombre. Pero ¿qué argumentos ha descubierto para destruir la verdad que tranquila ha reinado en el mundo durante diez y ocho siglos? ¿Qué razones, que no adujeran antes los judíos y los filósofos gentiles, amigos de los Césares, que juraron en vano borrar de la faz de la tierra hasta el nombre mismo de Jesucristo? Leed sus obras, y no vereis sino declamaciones saturadas de sofismas, hipótesis aéreas, narraciones truncadas, falsedades notorias, un *quizás*, un *tal vez*, un *podrá ser*.

¡Ah, Señores! y esto en el siglo que se gloria de un

(1) I Tim. III, 16.

(2) Matth. XXI, 44.

razonar sólido, de una crítica exacta y juiciosa! ¿No es declararse impotentes el usar de tales recursos? Sin duda, y lo saben muy bien los mismos que así discurren; pero saben tambien que la mayoría de los que leen sus obras no están en disposición de descubrir sus falsedades y contradicciones, porque no han estudiado á fondo la ciencia de Jesucristo y de su Religion: saben que el espíritu del siglo hace admitir sin exámen todo lo que tiende á librar al hombre de la conciencia, de la Religion, de Dios, para entregarse con libertad á la concupiscencia: saben que cuando menos harán nacer la duda en espíritus débiles, y esto les basta. Conocen que por sus sofismas no dejará Jesucristo de ser lo que es; pero se contentan con robarle, ya que no su divinidad, la fe del pueblo en ella, y la adoración, que es su consecuencia, y el amor, que es su fruto, y la sumisión á su ley santa, que es su demostración. Por ello todo su afán es que nazca en el entendimiento la duda, porque esta abre el paso á la incredulidad y á la indiferencia, y seca el corazón, matando el amor. Logrado esto, no falta sino un paso para la negación formal y la resistencia abierta, destruyendo á Jesucristo, arrojándole del entendimiento y del corazón, resistiendo á su influencia, y entregándose al culto de la materia, del egoísmo y de las pasiones mas vergonzosas, volviendo, en una palabra, al paganismo.

Horrible plan, hermanos míos, que con empeño satánico viene desarrollándose hace mas de un siglo, y cuyos resultados tocamos todos, lamentando no pocas defecciones. Horrible plan, contra el que debe prevenirse y armarse todo hombre de razón y de fe, embrazando el escudo de la verdad, y armándose con la espada de la fe, creyendo con el corazón y confesando con la boca que Jesucristo es Dios, como lo confiesa el mundo católico hace diez y nueve siglos, y como los mismos cori-

feos de ese plan infernal se ven precisados á reconocer, cuando no están bajo la diabólica influencia de su odio á la Religion y á Dios. Escuchad si no las palabras de uno de ellos: «Yo os lo confieso: la majestad de las Escrituras me encanta, la santidad del Evangelio habla á mi corazón.... ¿Es posible que aquel cuya historia refiere, no sea mas que un hombre? ¿Diremos que la historia del Evangelio es inventada por capricho? Amigo mio, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. Decir que es una invencion, es huir de la dificultad sin resolverla. Sería todavía mas incomprendible decir que muchos hombres se pusieron de acuerdo para componer el libro del Evangelio, que admitir que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran encontrado jamás un hombre semejante, ni una moral parecida, y el Evangelio tiene unos caracteres tan grandes, tan maravillosos, tan inimitables, que el inventor de este libro sería un personaje todavía mas grande que su héroe. Sí, no hay duda: si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son propias de un Dios.» (1)

Ante confesion tan esplicita y terminante, arrancada por la fuerza irresistible de la verdad á un entendimiento vendido al error, retírese y huya avergonzada la impudente filosofía de la incredulidad y del racionalismo moderno. El párrafo de un filósofo impío destruye todos sus sofismas, y acaba con todas sus insensatas y frias negaciones. Y ante esa confesion tan gloriosa para el Evangelio, confúndanse tambien aquellos cristianos que, para saber la vida, el carácter y la doctrina de Jesucristo, acuden á los libros de los falsarios enemigos, y des-

(1) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

deñan las enseñanzas de la Iglesia católica, y la lectura del Evangelio, única historia auténtica, exacta é imparcial de Jesucristo. Prefieren Renan, á los Evangelistas y á los Santos Padres. ¡Qué vergüenza para un cristiano! Llamarse con este nombre y querer conocer á Jesucristo, segun lo fingen los enemigos del cristianismo! Arrojad esos libros que desfiguran, mutilan y falsifican el Evangelio, y buscad en este como Rousseau, he dicho mal, como los verdaderos católicos, á Jesucristo segun él es, no cual los impíos del siglo quisieran que fuese; y conociéndole como él es, confesareis con el Centurion y con la Iglesia de todos los siglos, que Jesus es Dios.

Pero ¿qué significa esta palabra? ¿Es acaso sinónima de hombre por sus méritos elevado á los honores divinos? ¿Es acaso un hombre á quien Dios adoptó especialmente por hijo suyo, y le hizo instrumento de sus designios? No, Señores; quede este bajo concepto para la herejía y para la filosofía del error. La fe católica nos enseña que Jesucristo es verdadero Dios, es hijo verdadero de Dios: *Deum verum de Deo vero* (1). ¿Quién contará su generacion? exclama Isaías (2). Decidme, si lo sabeis, añade Salomon, el nombre de Dios y el nombre de ese Hijo de Dios (3). Lo sabemos, hermanos, y de él vamos á ocuparnos.

(1) Symbol. Constantinop.

(2) Isai. LIII, 8.

(3) Prov. XXX, 4.